

tanto con esto el horror al pecado, que no volví á cometer casi ninguno. Llegado el dia de mi primera Comunión, ya me encontraba del todo libre, ó si nó, entonces me convertí enteramente; pedí ser admitido en la Congregación, y lo conseguí. Pensaba muchas veces en los niños á quienes había inducido á aquellos pecados, y pedía al Señor por ellos. Mas ¡ay! ¡jamás creí que fuese tan grande el daño que les causé!—Interrumpile, preguntándole si todavía padecía algunas tentaciones.—Sí, Padre, y frecuentes y recias, y algunas veces gran tristeza, pero al instante rezo aquella jaculatoria que está en el mismo papelito de la otra oración, y después procuro distraerme, y cantar, y el demonio luego huye y me deja.—Y lo mas raro es, que no solo él se ha enmendado, sino que trata de entrar en una religión que se empléa en la educación de la juventud, *para sal-*

var, dice, mas almas que las que pervirtió.

3. Hace algunos años se hallaba en un colegio otro muchacho, también de diez y seis años, cuya habitual tristeza inspiraba á sus maestros grandes temores. No tomaba parte en los juegos de sus compañeros, ó si alguna vez por capricho empezaba á jugar con gran ahinco, luego lo dejaba, y se volvía á su triste apatía. El mirar sombrío, la risa forzada, la repugnancia á tratar con los demás, hubieran confirmado las siniestras sospechas que algunos concebían de él, si no fuera que por otra parte era bien visto de todos, y frecuentaba los santos Sacramentos. Cierta dia muy solemne, en que todos los niños comulgaron, mientras que estábamos hablando de sobrecena, de la felicidad de aquellas almas inocentes, me llaman; voy y no conociendo porque estaba oscuro, dije: “¿Quién me busca?—Un servidor de Vd., me

dijo con voz trémula y apagada.— Bueno. ¿Qué se te ofrece á estas horas?—¡Ay, Padre mio! soy el más desgraciado del mundo!” Pensando yo que hubiese tenido alguna mala noticia, le volví á preguntar: “¿Ha sucedido alguna desgracia en tu casa? ¿Ha muerto alguno de tu familia?”—“Nó, Padre; es una cosa todavía peor.” Entonces caí en la cuenta, reapareciendo en mi fantasía todos los temores y sospechas que había procurado desvanecer. Me lo llevé á un patio, donde quedándome con él á solas, advertí que estaba temblando, y que la respiración comprimida revelaba la angustia del alma. “Hijo, le dije, quizá tienes veneno dentro del corazón. Si es así no hallarás alivio hasta que lo vomites. Ya me entiendes. ¿Quieres que te llame un confesor?—Todavía no, Padre.—Pues dime, ¿porqué estás tan triste?—Hace tres años que cometo sacrilegios.—Hijo, mira no sean aprensiones ó escrúpulos.—¡Ay, Pa-

dre, harta verdad es! Voy á contárselo á Vd. todo. . . . Hace tres años cometí un pecado, y cuando me fuí á confesar, me dió tal vergüenza, que no me atreví á decírcelo al confesor, y de este modo recibí la absolución, y fuí á comulgar. Desde entonces no he tenido un momento de alegría; nada me daba gusto; cualquiera cosa, por pequeña que fuese, me irritaba. Así seguí confesándome y comulgando sin manifestar aquel pecado, ni otros que cometía, hasta llegar á ser como un demonio. Luego, cuando tenía que irme á confesar, no hacía exámen de conciencia, sino decía al confesor lo primero que me venía á la boca. En este estado comulgaba, pero como asustado, temiendo que el Señor me castigase. Cuando vino el P. N. á darnos los ejercicios, me resolví á confesar aquel pecado; pero estando á sus pies para decírselo, no tuve valor, y lo volví á callar. Durante aquel año

fuí todavía peor. Al siguiente me resolví á confesarlo al P. N. cuando vino á darnos los ejercicios, pero el demonio me tenía preso y cerrada la boca, y tampoco se lo dije. Ayer tarde me fuí á confesar sin haber examinado mi conciencia, pero con mas temor que nunca! Hoy por la mañana fuí á comulgar temblando, pareciéndome que Dios me iba á castigar. Cuando recibí la sagrada Forma, sentí como si con una espada me atravesaran el corazón. Todo el dia he estado temeroso. Triste, sin sosiego, no podía sufrir que estuviesen contentos los demás. He comido bárbaramente para distraer la melancolía, pero todo sigue agobiándome. Al oscurecer era tal mi tristeza, que pudiendo estar dentro de casa, aburrido salí á dar una vuelta fuera de la ciudad, y me parecía que el enemigo me acompañaba y empujaba para que me precipitara por los derrumbaderos que están á uno y otro lado del camino...

hasta que me ví impulsado á desahogarme con Vd., Padre mio....” Mientras me decía todo esto, estaba temblando de piés á cabeza, y apenas podía respirar. Yo le animé haciéndole admirar la gran misericordia de Dios, que precisamente le traía á verdadero conocimiento en un dia en que tanto le ha habia ofendido, y llevándole á la capilla, postrados ambos rezamos delante de la imagen de Nuestra Señora una *Ave María*, derramando él torrentes de lágrimas. Dejele allí, y fuí á buscar á un confesor que no le conociese. Al instante se confesó con él, y salió de allí loco de contento, diciendo: “Todo lo he confesado, todo lo he confesado. ¡Oh, qué bueno es Dios, qué bueno és!” Reparó después todas las Comuniones sacrílegas con una sumamente fervorosa, y empezó una vida del todo nueva. Durante los tres meses que faltaban para cumplirse el curso, iba todas las tardes á los piés de la

Madre de misericordia á darle gracias por su conversión, que había sido para él como un segundo nacimiento. Desde entonces hasta concluir sus estudios, fué uno de los mejores alumnos del colegio, y hoy se encuentra dedicado á la salvación

Después de haberse convertido, deseando yo saber los caminos secretos por donde la gracia del Señor había obrado aquel prodigio, le pregunté: “Y tú ¿qué hacías para que Dios te llamase al arrepentimiento de tus culpas, y por medio de este al perdón?—Nada más que pecar y mas pecar.—¿Pero no rezabas algo en tu casa, ni siquiera el Rosario con tus padres y hermanos?—Sí, Padre; pero como lo hacía porque me obligaban, lo rezaba distraído y corriendo.—A lo ménos oírías Misa todos los dias, como se acostumbra en el colegio.—Sí, Padre, pero en vez de rezar, leía en el calendario, y contaba cuántos dias faltaban para acabar el curso, ó pa-

ra tal ó cual fiesta, ó estaba echando planes para divertirme ó para ofender á Dios.—¿Y cuando oías algún sermón ó plática?—Me enfurecía contra el predicador, porque sus palabras me llenaban de remordimientos, y procuraba no atender, ni aun oír lo que decía.—¿Pero no acudías alguna vez á la Virgen, no le rezabas algo por tu propia voluntad?—Únicamente aquella oración que empieza así: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!*”

AUTOR Ó PROPAGADOR DE ESTA
DEVOCIÓN.

El P. Nicolás Zucchi, de la Compañía de Jesús, nació en Parma el 6 de Diciembre de 1586, de padres nobles, y tan piadosos, que de ocho hijos que tuvieron consagraron al Señor siete en el estado religioso. Sobre todos ellos descollaba en Nicolás desde sus mas tiernos años *la devoción á la Santísima Virgen*; pe-

ro tan fervorosa y extraordinaria, que siendo de solo doce años escribió con sangre sacada de sus venas una escritura ó pacto perpetuo de perpetua consagración, y entera donación de sí mismo á Nuestra Señora. Y es, según se cree, la misma oración que antecede: *¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía!* etc. Aceptó María Inmaculada la sencilla y cordial oferta del niño, como después lo atestiguó él mismo, siendo ya sacerdote y religioso, por estas palabras: *Confieso que soy deudor á la Virgen María, á quien me ofrecí desde la infancia, de la gracia de no haber sido jamás manchada mi alma con ningún pecado deshonesto.*

En 1602 fué admitido en el noviciado de la Compañía de Jesús de la ciudad de Padua, asegurando que esta gracia incomparable de la devoción religiosa se la debía á la Santísima Virgen.

Concluidos los estudios, le destinaron á enseñar filosofía y teolo-

gía. El cargo de la enseñanza, á pesar del esmero con que atendía al aprovechamiento de sus discípulos, no era bastante campo para ocupar su celo; así es que sabía encontrar tiempo para visitar á los presos y á los enfermos, y, sobre todo, para enseñar la doctrina á los niños en las calles y plazas.

El deseo del martirio le impulsó á pretender que le enviasen á las Indias, pero los Superiores le destinaron á Roma, donde le tuvo siempre fijo la divina Providencia.

Descubrieron los Superiores en el P. Nicolás Zucchi el dón extraordinario y admirable de predicar con elocuencia irresistible, sin tener que estudiar, ni hacer antes ninguna especie de preparación. Los Superiores, que conocieron esta gracia del Señor, soltaron las riendas á su ferviente celo, y con este motivo predicó, por espacio de muchos años, más de treinta y cuatro veces á la semana, no solo á gente rústica, si-

no también á sacerdotes y religiosos, á nobles y literatos, oyéndole con gusto y admiración los mismos Cardenales, y hasta el Sumo Pontífice Alejandro VII, de quien fué predicador.

Murió el P. Zucchi en Roma á 21 de Mayo de 1670, y en seguida el Señor honró á su siervo con muchos milagros que obró en su sepulcro.

Aprobación de esta Oración.

DECRETO DE PIO IX.

Habiendo expuesto con toda humildad el Muy Reverendo Padre Prepósito General de la Compañía de Jesús, que algunos religiosos de la misma Compañía, dedicades á la educación de los jóvenes en lo que toca á la piedad y al adelanto en los estudios, confiaban ponerlos á cubierto de las asechanzas del enemigo, y particularmente de las que se dirigen contra la castidad, si lo-

graban inducirlos á recurrir á la Santísima Virgen, particularmente en los peligros y tentaciones: añadiendo, que sabían con experiencia que para esto es medio eficazísimo rezar mañana y noche aquella oración que empieza: *¡Oh Señora mía!* *¡Oh Madre mía!* y en las tentaciones la otra breve jaculatoria: *¡Oh Señora mía!* *¡Oh Madre mía!*, y habiendo suplicado á su Santidad el mismo Padre que abriese benígnamente el tesoro de la Iglesia para animar á los fieles á practicar esta devoción, nuestro Santísimo Padre Pio IX concedió 100 días de indulgencia, que se podrán ganar una vez al día, á todos los que, después de decir una *Ave María*, rezaren con el corazón contrito dicha oración por la mañana y por la noche. Además, á los que rezaren esto todos los días del mes, concedió Su Santidad indulgencia plenaria en uno de ellos en que, habiéndose confesado y comulgado, visitaren una iglesia ú

oratorio público, y por algún espacio de tiempo orasen allí á Dios según la intención del Sumo Pontífice. Por último, concedió 40 dias de indulgencia por cada vez que se repita en las tentaciones, con el corazón contrito, la jaculatoria susodicha. Todas estas indulgencias son perpetuas, y aplicables á las benditas almas del purgatorio, y para ganarlas puede decirse la oración y la jaculatoria en cualquier idioma, con tal que sea fiel la traducción. Así lo decretó Su Santidad en su audiencia de 5 de Agosto de 1857.

NOTICIA

De la aparición de Nuestra Señora

DE

LOURDES.

Lourdes es una pequeña ciudad de Francia, en el departamento de los Altos Pirineos.

Cerca de esta ciudad, en las orillas del rio Gave, se encuentra una roca abierta en su base por tres escavaciones irregulares que forman unas grutas que llaman Masabiel, que en el dialecto del país quiere decir: Rocas Viejas.